

Golf

The sun in september



Capítulo 1

Hoy se sientan las prisas. Las imprudentes, las aborrecibles y las inconsecuentes. Se saludan, se dan la mano y agitan sus muñecas desenfrenadamente hasta que a una le empieza a doler. La aborrecible es la primera en sentarse y en quejarse, en mirar a las demás y en pedirles clemencia y un café y las llaves del coche y los palos de golf. Al parecer quiere irse de excursión en una tarde de domingo cualquiera; quiere escapar de sí misma y de sus amigas, de aquellas que no la comprenden en lo más mínimo. La inconsecuente le trae las llaves del coche y la imprudente comienza a preparar café para todas, la arrastran al campo de golf y se pasan el día recogiendo las pelotas que envían al bunker una y otra vez, corriendo sin descanso. No hacen un hoyo.

«¡Qué van a hacer si no son más que prisas!», piensa alguien en la distancia. Este las observa con unos prismáticos sucios que no consiguen enfocar nada. Comprueba que estén bien, que no haya ninguna con un golpe en la cabeza o una herida en las piernas. Ellas revolotean por el campo de golf como tres moscas paseándose por el cristal de una ventana: dejan los palos tirados aquí y allá y todos los envases de comida y refrescos que trajeron bajo las alas esparcidos por el suelo como si se tratara de confeti. Pero están bien.

Él, que las sigue con dificultad, desiste y baja de la azotea de la casa de campo para saludarlas.

—¿Cómo estamos hoy? —pregunta con la mayor naturalidad posible, tratando de no marcar ningún acento más de lo necesario.

—¡Muy bien! —dicen la imprudente y la inconsecuente a la vez.

—A esta se le ha torcido una muñeca y no se le ha ocurrido otra cosa más que venir a jugar al golf, ¿no te parece maravilloso? —pregunta la inconsecuente.

—Vaya, eso es terrible. ¿Qué ha pasado?

—Pues habíamos quedado para tratar una serie de cosas, para ponernos de acuerdo en relación al chico que nos gusta, pero terminé haciéndome daño nada más saludarnos. No tuvimos ni un segundo para tomar un café, ni un segundo para... —dijo la aborrecible masticando las palabras.

—¡Oh no! —exclamó la imprudente, interrumpiéndola—. ¡Me he dejado la cafetera al fuego!

—Genial, ahora estará derretida sobre los hornillos, si no tienes la casa en llamas.

—No creo que sea mala idea que volváis y busquéis el teléfono de los bomberos de camino, sólo por si acaso. ¿Qué os parece? —brilló una voz grave y oscura.

No me contestaron, escaparon corriendo por el verde campo de regreso a casa. Como siempre, me tocó a mí recoger todo lo que habían dejado tirado y guardarles los palos de golf hasta que se acordaran de ellos. Me pregunté un par de veces si llegarían a salvar la cocina; pero, como no era de mi incumbencia, volví a la azotea y observé a los pájaros volar en círculos durante unos minutos más. Jugué un par de hoyos y volví a casa para hacerme la cena, para meterme en la cama con una copa de whisky y olvidarme del lento paso de las horas. Mañana tendría por delante otro agitado día en el campo de juego.

Gracias por leerme, si te ha gustado este *recorte* no olvides votar y dejarme un comentario, por favor.